LA PAZ.

¡Bendita seas, virgen consoladora!

Tu trono está en el cielo, y en vano los hombres te buscamos en la tierra.

Cuando el mundo fue paraíso, estendiste tu casta soberanía por todos sus ámbitos; pero el hombre pecó, y tú avergonzada no quisiste reinar en un hemisferio manchado con el hálito del pecado, y te remontaste al cielo.

La guerra ocupó el trono que dejaste viudo.

La humanidad suspiró por tí.... pero suspiró tarde.

Y sin tí la humanidad se perdía en los abismos del pecado.

Mucho tiempo despues—cuando se encarnó el *Verbo* para redimir á los hombres—quisiste ser uno de sus mas poderosos auxiliares, y volviste á asentar tu imperio sobre el imperio del mundo. El César que le regia te dió su nombre, y te llamaron *Paz octaviana*.

La misma humanidad que, despues que te perdió, suspiró por tí, desconoció tu benéfica influencia por segunda vez: ingrata como siempre te despreció, y conociste con afliccion que ya no podia tu cetro regir el mundo, porque la guerra y el pecado, formando alianza, habian usurpado tu dosel, y los hombres estaban sometidos á su imperio.

Te asustó el brillo de la espada y el hedor del pecado: y dirigiste tu vuelo hácia la soledad morando en los desiertos de la Tebaida, en las lauras, en los claustros y en las ermitas.

Desde entonces penetras furtivamente en el mundo para mitigar las penas de los inocentes, de los justos y de los arrepentidos.

¡Virgen benéfica, *don del Espiritu Santo*, imájen que besa el pueblo en los templos, apetecida paz, simbolizada en la *oliva* y en el color blanco; tras tí corre el hombre desde que se levanta de la cuna hasta que tropieza con el ataúd!

Pero tú no te dejas ver mas que de los mortales limpios de pasiones impuras, porque te inspira desprecio el lodo de las miserias humanas, y buscas únicamente los corazones del color de tu clámide.

Huyes del ambicioso porque te causa ira.

Huyes del avaro porque te causa lástima.

Huyes del usurero porque te da vergüenza.

Huyes del criminal porque te produce horror.
 Y nunca visitas á los padres indignos.
 Ni á los hijos desnaturalizados.
 Ni á los ricos que oprimen á los pobres.
 Ni á los envidiosos.
 Ni á los soberbios.
 Ni á los pecadores reincidentes.
 Ni á las mujeres impuras.
 Ni á los hombres libertinos.
 Y nunca, nunca te acercas á las familias enguerradas.
 Ni á los matrimonios desunidos.
 Ni á los hermanos que se aborrecen.
 Tú, celeste deidad, buscas las pasiones tranquilas y religiosas;
 buscas los afectos que no avergüenzan; buscas la pureza del corazón.
 Por eso, sonries jugueteando con los niños.
 Mecas el alma de las doncellas.
 Arrullas el sueño de los justos.
 Consuelas á los pobres resignados.
 Satisfaces á los caritativos.
 Estiendes tu blanco velo sobre los esposos que se idolatran con
 casto amor.
 Fortaleces á los arrepentidos.
 Te apareces á los ricos filántropos.
 Duermes en las celdas de las religiosas y de los anacoretas.
 Caminas con los misioneros y los peregrinos.
 Brillas en las blancas cabezas de los decrepitos.
 Endulzas la muerte de los justos.
 ¡Bendita seas, vírjen consoladora, hija de la justicia, hermana de
 la inocencia!
 Hermosa como todo lo blanco, deseada como todo lo que viene de
 Dios.
 Solo los buenos disfrutan tus apacibles sonrisas.
 Vanamente los malos te desean.
 Tranquila es la existencia de los primeros.
 Inquieta y angustiada la de los últimos.
 Unos y otros mueren, pero con diferencia espantosa.
 Los malos se hunden en el infierno, morada perdurable de la
 guerra.
 Los buenos ascienden al cielo, morada eterna de la paz.

VIRTUDES SOCIALES.

(Continuacion.)

Afectos.—Bajo este nombre se comprenden todos los sentimientos que el hombre experimenta hácia sus semejantes, y hasta las pasiones que no son mas que los afectos llevados á un grado de exajeracion peligrosa.

Ni puede ni debe predicarse la carencia de los *afectos*; nacen con nosotros, son una necesidad de nuestra existencia, y nos proporcionan además goces, que solo por su medio podemos disfrutar en la tierra. El hombre desnudo de *afectos* no tendria relacion alguna con sus semejantes, y su naturaleza fluctuaria entre la del irracional y la del idiota.

El corazon es la fuente de los *afectos*, porque en él residen los gérmenes de nuestras inclinaciones. El mayor ó menor desarrollo de estos gérmenes depende de la educacion, del trato, del carácter, de la posicion social y de muchas otras circunstancias. Así que mas bien que dirigir nuestros afectos, puede decirse que somos dirigidos por ellos. De esto resultan algunos bienes, pero tambien necesariamente muchos males. Nuestro corazon suele ser á las veces el mas encarnizado enemigo de nuestra felicidad.

¡Dichosos una y mil veces los que con el auxilio de la razon pueden moderar, templar ó reprimir los *afectos* que puedan comprometer su sosiego! ¡Dichosos los que logran contrarestar su fuerza con la reflexion y la prudencia, y evitan su ruina accediendo al consejo de un amigo y á la fuerza de voluntad, que reside tambien en nuestro espíritu, sin que muchas veces hagamos uso de ella!

Creese generalmente, que el hombre es impotente para reprimir sus *afectos*; que la llama que éstos encienden en nuestro corazon abraza y destruye el entendimiento: creencia perjudicial. La voluntad puede arrostrarlo todo, y es mas poderosa que los mas poderosos *afectos* humanos.

Antes de emprender un viaje calculad las distancias, enteráos de los peligros, tomad las precauciones necesarias; antes de abandonar á un *afecto* medid su estension, y examinad á la luz de la razon todas sus consecuencias. Así lograreis que vuestros afectos sean puros, nobles y dignos, y que en vez de haceros derramar lágrimas, traigan la risa á vuestros lábios y la felicidad á vuestro corazon.

B.

Benevolencia.—La vida social exige un continuo sacrificio de nuestros gustos, de nuestras opiniones y de nuestros deseos. En cambio de esto se consigue el aprecio de los demás. La *benevolencia* es una apreciable dote, que favorece notablemente á quien la posee; va mas allá que la afabilidad y la amabilidad, porque nos hace perdonar y disimular las faltas ajenas, procurando disculparlas siempre. Así que quien posee tan estimable cualidad se encuentra siempre dispuesto á escuchar con agrado lo que se le confia, á dispensarnos de nuestros errores, y á darnos estímulo para perseverar en nuestras buenas empresas.

La severidad del padre para con sus hijos, del preceptor para con sus alumnos, y en general de todo superior para con sus inferiores, es verdaderamente necesaria algunas veces; pero si esta severidad no está compensada y contrabalanceada en cada caso respectivo por la *benevolencia*, los efectos de este desacuerdo se dejan sentir necesariamente sobre las personas que le sufren. ¡Ojala los encargados, por cualquier concepto, de la educacion de la juventud comprendan esta gran verdad!

Bondad.—Esta depende casi esclusivamente de la naturaleza. Ella es la que nos reparte las prendas morales del mismo modo que las intelectuales y físicas. Vosotros, los que debeis á Dios un carácter bondadoso, un corazón afectuoso y bueno, vosotros habeis recibido la noble mision de suavizar con vuestra *bondad* y vuestra dulzura las penas y los sinsabores de vuestros semejantes. El que sufre en silencio, encuentra á vuestro lado un suavísimo consuelo á sus amarguras, y el arrebatado é impetuoso se avergüenza y corrige ante el ejemplo de vuestra afectuosa *bondad*. Y sois quizá mas desgraciados que aquellos á quienes servís de consuelo; pero ¿qué os importa vuestra dicha si labrais la de los demás?

Buen ejemplo.—No os fatigüeis vanamente en predicar las virtudes si no poseeis ninguna. Vuestros esfuerzos serán perdidos, y vuestro celo infructuoso si, al recordar sus deberes á los demás, olvidais los vuestros. Si vuestra conducta es reprehensible, ¿cómo quereis exigir que la de los demás deje de serlo?

El *buen ejemplo* es una leccion continua, que los superiores deben dar á sus inferiores, mas saludable y mas eficaz ciertamente que cuantos pomposos elogios pueden hacerles de la virtud. El órden social exige de las personas colocadas en cierta posicion el *buen ejemplo*,

pero éste llega á ser de una necesidad imprescindible en el círculo de la familia. El padre que descuida sus deberes, no es muy fácil que logre el que sus hijos cumplan con los suyos. La virtud se adquiere muchas veces por imitacion, y se logran con el *buen ejemplo* resultados, que serian dudosos sin su poderoso ausilio.

C.

Carácter.—Tiene dos sentidos esta palabra. *Carácter* equivale unas veces á teson, constancia, fuerza de voluntad etc. En este sentido el *carácter* es conveniente cuando se muestra con oportunidad y acierto, y sin tocar los límites de la tenacidad ú obstinacion.

Otras veces espresa la palabra *carácter* la índole especial de cada persona, y así se dice *carácter franco*, *carácter afable*, *alegre* etc.

Es preciso convenir en que cada cual debe á la naturaleza un conjunto de prendas y defectos morales, que constituyen ó forman el carácter; pero estos últimos pueden ocultarse y darse mayores proporciones á las primeras á beneficio de una buena educacion y de una direccion conveniente. Al decir la *naturaleza*, compréndense tambien bajo esta palabra los efectos de nuestra constitucion y de nuestro temperamento, como que nacen de aquella. Una persona que goza de buena salud, y que por lo mismo es fuerte y vigorosa, posee generalmente un *carácter franco*; otra débil y enfermiza encierra sus opiniones en una prudente reserva. Obsérvase que las personas dotadas de temperamento sanguíneo son de *carácter alegre*, al paso que las de temperamento bilioso se dejan fácilmente arrastrar de las impresiones tristes y melancólicas. Esta diversidad de *carácteres* forma en la sociedad un vivo contraste, del cual nace el aprecio que se concede á unos con preferencia á otros.

¡Cosa notable! Por regla general simpatizamos con caracteres enteramente contrarios á los nuestros; pero téngase presente lo que dice el sábio Chateaubriand sobre este punto: «Para que dos hombres sean íntimamente amigos, deben atraerse y rechazarse sin cesar por algun concepto; necesitase que estén dotados de genios de igual fuerza, pero de diferente especie; de opuestas opiniones, pero de principios semejantes; de odios y de amores diferentes, pero de la misma sensibilidad en el fondo; de temperamentos contradictorios, pero de inclinaciones idénticas; en una palabra, de grandes contrastes de carácter y de grandes armonías de corazon.»

LA CARCAJADA.

FANTASIA.

A Cirilo Amorós.

I.

Densa es la niebla de la noche. Los astros no pueden enviar ni un rayo de su luz. El camino abierto en el corazón de un bosque grandísimo, como una sombra que se destaca de árbol en árbol atraviesa un hombre. Distínguese el oscilar de la pluma de su gorra. Ciñe espada, y bajo de su brazo derecho lleva un laud. Camina, trovador; oscura es la noche y larga la distancia que te separa aun del castillo. ¿Por qué te detienes? ¿Es que el cansancio te sujeta con su pesada mano? No, no, su paso es de nuevo ligero y seguro. Detiénele de cuando el pensamiento, el temor sin duda de hallar perdida la felicidad de que puede estar muy próximo, si el tiempo, ladrón de las ilusiones y de los afectos, no le ha robado el tesoro de sus esperanzas mientras él ha compartido los trabajos y la gloria de los cruzados.

No se sabe de quién nació... fue pobre y huérfano. El amor iluminó su alma. Su ídolo es la hija de un noble castellano. El castellano ha sido el protector, el padre adoptivo de Fortuñ.

Camina, trovador, que el anciano y su hija habitan aun en el castillo. Camina, que tu anciano protector se halla moribundo. ¡Qué oscura es la noche! ¡Qué largo el trozo que te resta aun de camino!

Edma, la perla de los valles, la reina de los torneos; Edma, la esbelta imájen del cariño y del amor, es el ideal de la dicha para Fortuñ: por ella colocó sobre su pecho la roja insignia de los cruzados; por ella se ha lanzado en medio de los combates, y el rey Luis le ha apellidado el valiente entre los valientes, y ceñídole por su propia mano la espuela de caballero. Sí, por ella, porque su nombre, unido al dulcísimo nombre de la reina de los cielos, ha sido siempre su invocación al afrontar los enemigos. Dura era su mano para empuñar la pesada espada, siempre húmeda con la sangre infiel; pero con tiernas pulsaciones sabe arrancar dulcísimos ecos á su laud. Amante trovador, amor le ha ayudado en sus combates, amor inspira sus cantares. ¡Qué dulce es cantar amor, cuando no se pueden contemplar los ojos de la amada, oír su voz, embriagarse con la dulzor de sus suspiros! Ella no le ha dado promesa alguna; ella no le ha dicho que le ama... pero qué importa... sabe que es amada, ha

escuchado los cantos que inspiraba amor, y ha dejado nacer sus esperanzas... Ella ha adivinado cuál es el nombre de la dama, que despues de Dios llena el alma entusiasta de Fortuñ. Así lo recuerda el trovador que torna caballero, y camina, camina como llevado en alas de sus amantes esperanzas. ¡Qué bella es! ¡Qué dicha volver á contemplar su figura esbelta como la de un ángel, su faz purísima, su sonrisa infantil y candorosa y su dulcísima mirada, que sin saberlo ofrece amor! Así exclama el trovador; los ecos del bosque se apoderan de sus palabras, que repiten murmurantes, y camina, camina contemplando la imájen que el cincel del amor esculpió en el fondo de su alma.

¿Caballero, por qué no montas un corcel, por qué no llevas tu bruñido casco y tu acerada armadura, tan temida de los infieles?

¡Oh! trovador salió del castillo, aparecer quiere en él como trovador, porque sus cantos antes que su espada le abrieron el cielo de sus esperanzas...

¡Qué oscura es la noche! Camina, trovador.

He ahí el castillo. ¿Por qué no está levado el puente? Ni soldados se ven ni gentes de armas. ¿Estará abandonado? se dice el trovador al par que sube la ancha escalera, y que penetra silencioso por sus quadras.

Palpítale el corazon.... convulsos están sus lábios, de sus ojos escápase una lágrima.

Pero silencio. Arrodillados están todos los soldados, los criados y las gentes del castillo. Dos hachas iluminan sobre un pequeño altar la imájen de Cristo. Tendido en el lecho el viejo castellano, un destello de luz ilumina su faz lívida, su desnuda frente, su nevada barba...

Nadie ha oído al trovador, ni una cabeza se vuelve. Fortuñ enmudece ante aquel espectáculo imponente. La muerte le preside invisible, pero todos la adivinan, inclinan la frente y sueltan las lágrimas.

Junto al lecho del anciano hay un sacerdote, y al lado opuesto un guerrero, que en la edad madura aun conserva harta altivez en el semblante y harto calor en sus miradas... Una hermosa jóven está junto á él; es alta y bella como son bellas las palmas del desierto, pálida como las azucenas. Sus ojos apenas pueden contener las lágrimas; sus manos están enlazadas una con la de su padre moribundo, otra con la del noble señor que en pie, junto á ella, semeja á una estátua.

Oíd; el anciano va á decir en el mundo sus últimas palabras.

«Edma es tuya... Voy á morir... Te entrego la hija de mi alma.»
Y luego con débil voz añade el caballero: «Si Fortuñ volviese dadle hogar, mi espada y mi caballo.»

¡Profanacion!

Al par que el suspiro de la muerte ha resonado una carcajada sonora, fatídica, terrible.....

Todos miran con espanto hácia la puerta... Un laud cae en el suelo y una sombra desaparece en la oscuridad de las estensas cuadras.

Solo Edma adivina quien es la sombra fugitiva, y suelta un alarido que acompaña los ecos de la carcajada que van resonando al alejarse como el bramido del viento, como el silbo del diablo...

II.

Edma, la perla de los valles, la reina de los torneos, la esbelta imájen del cariño y del amor, huye de entre los brazos de su esposo y llora, llora sobre el sepulcro de su padre.

Edma languidece y muere sin que su esposo haya impreso un ósculo sobre su alma frente, digna de la corona de rosas blancas, corona de las vírjenes.

El conde coloca sobre su pecho la cruz roja, y abandona el castillo, sepulcro de su esposa, para unirse á los que luchan por conquistar el sepulcro de Jesus.

Con él van sus gentes, y las que no le acompañan huyen del castillo, en que diz no puede dormirse porque todas las noches están los ecos diabólicos haciendo resonar infernales carcajadas.

III.

¿Será que el occidente siempre en lucha haya de estar con el oriente?

Ved, ved como de lejanas patrias acuden los soldados de la cruz al suelo en que nació el Redentor del mundo.....

Lucha terrible, lucha que se encubre con el celo de una religion que es la mas santa, la mas dulce y la mas pacífica de las religiones.

¡Qué de aventuras, qué de desgracias, de valor, de ardimiento y de heroismo no encierran esas epopeyas históricas á que apellidaron «Las cruzadas.»

Es el comenzar de un día en que ha de darse una batalla, que debe decidir la suerte de esos ejércitos de peregrinos llenos de ardor y de entusiasta fé.

Sol, foco de luz, mas valiera que para siempre te apagaras si hubieras de iluminar días como el día de esta batalla. Tu luz hermosa sobre un inmenso lago de sangre reverbera.

Escúchase incesante el son de los clarines, el chocar de los aceros y el romper de las lanzas, mezclado con los ayes de los que caen, el estertor de los que mueren y el animar de los que mandan.

Entre estos se ve al conde Hugo, el vencedor en cien combates, el coronado de la gloria, el escuchado en los consejos, el celebrado en las trovas, el héroe de las hazañas....

Un solo caballero puede competir con él entre los cruzados, pero nadie sabe quién es, ni su rostro ha sido jamás visto por ninguno de cuantos llevan la cruz sobre sus pechos. Jamás acude á los consejos; su tienda está siempre sola y aislada, y oculto en ella solo acude al punto que presenta mayor peligro. Ni obedece ni manda, pero pelea cual ninguno, y son muchos los que han debido su vida al valor de su brazo y á la fuerza de su espada. Nadie sabe su nombre ni ha escuchado su palabra: donde hay mas enemigos allí corre. *El negro mudo*, como le llaman los cruzados, porque negros son sus armas y su caballo, porque nadie ha oido su palabra. Su grito de guerra es una carcajada atroz, terrible, estentorea como el trueno, fatídica como el hielo de la muerte... Carcajada que solo suelta en momentos solemnes, y ante la que jamás dejan de huir los enemigos.....

La noche orna el firmamento con sus negrísimos crespones y el suelo y el espacio con sus sombras vagorosas... Y aun continúa con ardor el pelear de los valientes. ¡Ay de los cruzados! ¡Cuán pocos contareis en vuestro hogar el horror de esta batalla.

El espíritu del mal gira envuelto entre las sombras gozándose en escuchar ese himno de armonía infernal de ayes y gritos y golpes y blasfemias.

¡Favor al conde Hugo, que le cercan los infieles!

Uno es y solo contra muchos enemigos, estraviado en el calor de la lucha de los otros caballeros.

Ved, ved al resplandor de las hogueras entre los grupos de los combatientes correr al *Negro mudo*.

Vuela, valiente! El conde Hugo, aunque lucha, ha recibido ya

muchas heridas. Vuela, que aun pelea en pie sobre el cadáver de su caballo.

Vedle, vedle cual llega... El grupo que acomete al conde huye azorado al escuchar la sonora carcajada.

El conde vuelve á él sus ojos llenos de estupor, de sus manos escápase su espada, vacila y cae sobre el cadáver de su caballo rodeado de enemigos que derribó su acero.

El caballero se apea, cruza al herido sobre su caballo y volviendo á montar escapa veloz llevando en sus brazos al herido.

IV.

Es la media noche y la batalla se ha suspendido Nadie lo ha propuesto y los dos ejércitos se han detenido, como dos fieras, para cobrar fuerzas antes del último golpe, del golpe que ha de acabar con uno de ellos.

Un grupo de cruzados caballeros cerca el lecho del conde Hugo; sus heridas están vendadas y todos esperan ansiosos que recobre los sentidos.

En un rincon de la tienda está enclavado como una sombra el negro caballero.... Si fuera dado mirar al través de la celada veríase su faz contraída, y ardientes y como fascinados sus ojos fijos en el herido.

Una hora trascurre, y por fin el conde abre los ojos, deja escapar un ay, y murmura unas palabras.

Entonces con paso grave acércase al flecho su salvador, y con indescriptible espresion le dice:

—¿Y Edma?

—Murió.

«El negro mudo” sálese de la tienda, monta, y corriendo hácia las hogueras enemigas, suelta su carcajada y de nuevo comienza la batalla....

Al salir el sol habia concluido.

Entre los restos de los ejércitos de los cruzados que se retiran fugitivos, no está «El negro mudo” ni nadie supo lo que fue de él, ni nadie volvió á escuchar su carcajada.

En las ruinas del castillo de Edma hallóse un dia el cadáver de un anciano ermitaño.

La tradicion le llamó «El conde Hugo.”

AMOR FELIZ.

Era un verjel bellissimo,
 donde infinitas flores
 mostraban en sus pétalos,
 estambres y colores,
 la variedad mas plácida
 que Flora imaginó:
 bajo unas hojas tímidas
 nacieron dos violas;
 amáronse solícitas,
 supiéronlo ellas solas,
 y aquel amor tiernísimo
 jamás nadie turbó.

Eduardo Atard.

ALMANAQUES Y RELOJES.

Un almanaque es un libro como cualquiera otro para un librero; para un editor un objeto de especulacion; para un hombre de negocios un mueble indispensable; para una persona de sociedad un guia de visitas y de felicitaciones; para la mayor parte de las gentes una cosa utilísima; para mí un objeto de horror.

Me causa una invencible repugnancia.

Lo considero como una calamidad impresa, dividida en meses y dias.

Por esta razon solo lo compro una vez al año.

Y ¿sabeis en qué consiste la antipatía que profeso al almanaque ó sea calendario, nombre menos generalmente usado pero de orijen mas castizo, que sirve para denotar ese catálogo de los dias de que consta el año, ese índice de las festividades de la Iglesia, ese consultor de las fases de la luna?

Le aborrezco por la misma razon que aborrezco los relojes.

El almanaque me atormenta señalándome los años que pasan, los meses que corren, los dias que vuelan. El reloj me martiriza contando las horas y los minutos de la vida.

Y yo no soy poeta *melancólico*, ni pollo *desencantado*, ni cosa por el

estilo; y la vida me es demasiado grata para que no aborrezca á lo que me cuenta los instantes de su duracion.

Convengamos en que seriamos menos desgraciados sin almanques y sin relojes como lo seriamos sin memoria, gigantesco panorama de lo pasado, á quien un sábio dudó en llamar «beneficio del cielo ó tormento del infierno.»

Os probaré con un ejemplo lo fatal que nos es el cómputo del tiempo. Yo seré el autor del ejemplo, vosotros sus actores; ¿os acomoda?

Suponed (no os asustéis) suponed, digo, que estais enamorados... tranquilizáos y dejadme seguir porque esto no es mas que una suposicion. Una á una habeis recorrido las impresiones de esa situacion de la vida, las notas de la escala del amor. Tras de las miradas los suspiros, tras de los suspiros las promesas de cariño. Pasemos esa larga serie de debilidades. Ya sois correspondidos y os contemplo dichosos gozando las venturas del amor; todos, sobre poco mas ó menos, sabemos hasta donde alcanzan. Vamos adelante.

Esos cortos momentos que pasais al lado de vuestra amada, oyendo sus frases de ternura, bebiendo ávidamente sus miradas de cariño y sus sonrisas de felicidad, en una noche de verano, alumbrados por la lámpara nocturna de la creacion, mientras el ruiseñor canta sus amores, mientras el aliento del mar agita los cabellos de vuestra adorada humedeciéndolos, mientras un *no sé qué* vago y misterioso os atrae, y os magnetiza, y junta vuestros espíritus, y os hace felices, esos cortos momentos ¿no quisierais que se convirtiesen en un momento sin fin, en una eternidad?

¿Qué os lo impide? ¿vosotros? no.

El reloj. Al dejar á la mujer que amais, retratada aun en vuestros ojos su hermosa imájen, resonando todavia en vuestros oidos sus postreros suspiros, pudierais esclamar (si no hubiera relojes) engañándoos á vosotros mismos «he sido feliz mucho tiempo» y esto os dejaría contentos y satisfechos, porque si alguna dicha puede gozar el hombre, consiste en el engaño y en la ilusion; y el reloj asesino que llevais en el bolsillo solo os dejará decir «he sido feliz media hora.»

Dejo aparte el gusto con que observareis á cada momento, durante vuestro dulce coloquio, el progresivo movimiento de las saetas de vuestro reloj si el deber os llama dentro de algunos minutos lejos de vuestro paraiso, si sois militares y vais á entrar de servicio, si pertenecéis á una oficina y se acerca la hora de idem, etc. etc.

Es inútil que esplique y justifique con otro ejemplo el horror que me causa el almanaque. Sin éste y sin relojes ¿qué nos impediría creer años enteros nuestros momentos de felicidad?

No quiero insistir. Basta lo dicho para decidiros á seguir mi opinion.

Se me dirá que tiene sus inconvenientes.

Sin el reloj no podríamos acudir á una cita.

Y qué! si es de amores, quizá os sea mas provechoso faltar á ella; si es de negocios, os ahorrais un mal rato ...

Dejo la pluma porque el reloj está dando las doce, y me veo precisado á abandonar mi tema. ¡Maldito sea el reloj!

Quizá otro dia continúe mi propósito de predicar la destruccion de almanaques y relojes.

P.

FABULA.

—Te amo—una cotorra
decia á un loro;
y el loro contestaba:
—pues yo te adoro—
mas no sabian,
pobres animalitos,
lo que decian.

—
Y es que junto á las rejas
donde se hallaban,
por la noche dos novios
lo murmuraban;
y ellos lo oyeron
á los tiernos amantes,
y lo aprendieron.

—
Mil tesoros valian
por su talento.....
pero ¿qué es la palabra
sin sentimiento?
valer tesoros,
cuando hay tantas cotorras
y tantos loros.

Tomás Solanich.

PENSAMIENTOS.

La palabra imposible ha sido inventada para martirio del orgullo humano.

El corazón de una coqueta es un álbum donde todo el mundo puede estampar su firma.

La esperanza es el último sueño que se desvanece.

La religión es el freno de la sociedad, sin el que volaría escapada á su disolución.

La vida es un paréntesis entre el no ser y el ser eternamente.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 5 de Febrero.

Aunque el sueño me rinde, mi querida Herminia, tomo la pluma para participarte una nueva, que seguramente te llenará de regocijo. Sofia, nuestra compañera de colegio, nuestra fiel amiga, ha llegado de Madrid con su esposo. Nada me habia escrito. ¡Figúrate mi sorpresa! ¡Estaba tan lejos de creer abrazarla tan pronto!

Pensamos en tí á cada momento en las eternas conversaciones que tenemos, recordando nuestras infantiles aventuras del colegio, las fechorías que de vez en cuando jugábamos á nuestra obesa preceptora y la inseparable amistad que á las tres nos unia: vivimos en fin la vida de los recuerdos. De la tristeza que se habia apoderado de mí como consecuencia precisa de mi situación actual, me veo libre como por encanto, merced á los esfuerzos que emplea la cariñosa Sofia. Su llegada ha sido muy oportuna.

¡Si vieras qué trajes tan bonitos y tan elegantes ha traído de Madrid! No puedo resistir á la tentacion de describírtelos porque son monísimos, y porque estoy convencida de que te han de gustar en extremo.

Ha traído un traje de calle de seda color de avellana; la falda tiene á los dos lados una caída ó guarnecido de cintas de terciopelo negro formando VV abiertas, puestas en escala é inclinadas hácia atrás; de estos adornos, de los de las mangas y de los de la aldeta cuelgan madroños de seda, tambien negros. La aldeta es larga y va unida al cuerpo, que lleva una costura en el medio de la espalda y otra que forma el costadillo. La manga, casi justa de arriba, lleva en su pegadura otra corta de terciopelo negro á picos. Para este traje ha traído un sombrero de terciopelo con cintas verdes.

Tambien me ha enseñado otro traje para soaré verde de seda. El cuerpo es escotado en forma de corazon, guarnecido con una berta de la misma tela que tambien hace punta por delante, por detrás y en cada hombro. El talle es largo y ajustado terminando en punta. La berta lleva cuatro órdenes de terciopelitos en zig zags y termina en una blonda negra. La manga se compone de una corta, de la tela del vestido, de un volante de tul blanco, terminado por una blonda blanca y de otro volante de blonda negra, igual á la de la berta. Guarnecen la falda dos volantes anchos y una túnica corta, que nace del talle, y forma como otro volante. Aquellos y esta van guarnecidos de dos órdenes de terciopelitos, que terminan con una puntilla de blonda formando picos, cuyos adornos forman tambien zig zags, correspondientes al de la berta.

Estoy pensando hacerme uno igual para el primer baile del *Casino*. Y á propósito de *Casino*, ayer estuve en el que dió esta amable sociedad, con Sofia y su esposo.

A pesar de los muchos lutos que aflijen á algunas de nuestras amigas, entre otras las de M. y las de R., este ultimo baile ha sido hasta ahora el mas brillante de la temporada, ya por lo numeroso y lucido de la concurrencia, ya por la riqueza y elegancia de los trajes.

La B. de C. lucia un vestido gro blanco con dos faldas y bullones de tul céfiro, prendidos tambien con lazos de gró del mismo color. Un grande ramo de pensamientos pendia de su talle, cruzando por la falda. Su prendido era de terciopelo negro y oro. Estaba encantadora. Las de M. llevaban vestidos blancos con volantes, adornados de terciopelo azul. Las hermanas Y. vestian trajes blancos con doble

falda, bordados de sedas de colores. D. G. lucia un lindísimo vestido de muaré antique, azul cielo adornado con seis caidas de cinta de terciopelo negro, que desde el talle descendian hasta la mitad de la falda, rematando con dos plumas, una azul y otra negra, prendidas con un lazo cambiado de los mismos colores. La de G. S. vestia con mucho gusto. Llamó mi atencion la banda de cinta color rosa que cruzaba su pecho sujeta en la cintura por un sencillo lazo.

No causó en mí menor sensacion la elegancia del vestido blanco de tarlatan que dibujaba perfectamente la apuesta figura de P. P. Finalmente lucian ricos trajes J. M. las de C. R. y otras que fuera prolijo enumerar.

Tambien asistí al segundo del *Liceo*, y no me arrepentí. Numerosa y animada concurrencia acudió á dicho baile. El local estaba adornado con mucha sencillez y con mucho gusto.

He tenido el placer de que mis amigas me hicieran compañía en el palco las pocas noches que están en Valencia; y como si la empresa quisiera favorecerles, ha puesto en escena *casualmente*, dos comedias que hacia tiempo no habiamos tenido el gusto de ver representar: *Mejor es creer* y *El Abuelo*. Segun dice Juan, el esposo de Sofia, *Mejor es creer* es una comedia de muy buenas formas superiormente dialogada. *El Abuelo* tiene un argumento sencillo pero moral, caracteres bien sostenidos, corte clásico.

Te he dicho antes que parece que la empresa ha querido obscuir á nuestros amigos, dándoles dos bonitas producciones: esto me habia hecho concebir esperanzas de que siguiera representando comedias como las ya citadas. ¡Funesto error! Ya nos amenaza con *La vida de Juan soldado*, drama del género andaluz, con *La choza de Tom* y con *Los pobres de Madrid*.

No puedo escribirte mas, Herminia mia, los ojos se me cierran: necesito dormir.

Recibe los afectuosos recuerdos de Juan y de Sofia, hazlos estensivos á Ricardo y acuérdate de tu mejor amiga.

Adela.

Se me olvidaba. J. me encarga que te salude cariñosamente.